



Pregón del año 2003

CONCHITA Urraca y FELI Yagüe

Este pregón de fiestas es un recuerdo a través del tiempo, del pasado, del presente y del futuro. Por él han pasado personas que nos han dejado huella. Nuestro mejor recuerdo para todas ellas y como no, para todos los presentes, los labreños, y para los niños y niñas que hoy nos acompañan.

Recordamos el INVIERNO, duro y frío, con unos tascos de nieve que no podíamos salir de casa, los chorlitos de hielo que chupábamos como un helado, los días que no íbamos al colegio y los pasábamos resbalándonos por la barbacoa. También recordamos la matanza del cerdo, horrible por un lado y alegre por otro, ¿cómo es eso? Pues,.... que chillaba mucho hasta que moría, y muertas de miedo nos tapábamos los oídos o nos íbamos lejos por si se levantaba rabioso y nos mordía. Alegres también porque los días que duraba la matanza nos juntábamos, la familia, los primos, hermanos alrededor de la caldera de las morcillas, se hacían güeñas, chorizos y longanizas. Comíamos, migas, tocino, morcillas, y lo que más nos gustaba, las natillas. Tocábamos

la zambomba, subíamos y jugábamos por los graneros, reíamos, nos lo pasábamos muy bien. Para los niños era una celebración.

Llegaba la PRIMAVERA. Todo se vestía de verde, crecían los trigos, las cebadas y centenos. Las aliagas y tomillos florecían, pronto sería tiempo de moras, perotes y agraces. Bajando a los charcos estaba el cerezo de tía Ramona.

Recordamos Santa Águeda, la tortilla que comíamos en el campo con la maestra. Sentíamos en nuestra piel que pronto se acababa el colegio. Tocaba salir por la tarde a la escalera del colegio con la maestra, tomábamos el sol y respirábamos el aire puro, sentíamos el silencio, bordábamos, hacíamos los deberes, aprendíamos poesías, pues con un ramo de lirios y menta se las recitábamos en el mes de Mayo a la Virgen María.

Jugábamos por el frontón, la fragua y más arriba la carnicería y allí estaba el tío Esteban que no nos dejaba entrar hasta que la oveja estuviera muerta. Más arriba la tahona del tío Felipe, en el horno nuestras madres hacían magdalenas y mantecados que tanto nos gustaban, las saborearíamos en San Isidro. ¡Toda una fiesta!, venía el confitero con esos puros de caramelo que a diez céntimos de “peseta” nos costaban.

Recordamos el VERANO. Duro para los padres. La trilla, el acarreo del trigo y de la esparceta. Las mujeres lavando en las balsas, la grande y la pequeña. Pero lo más divertido para nosotras, eran las comidillas y los juegos a pleno sol, en todo lo alto, en los riscos del castillo, allí nos sentíamos como reinas.

En los recorridos por el pueblo, nos llamaba la atención el callejón florido de la tía María. El corral de la tía Lorenza, misterioso para nosotras, escondía encantos, flores, olor de sándalo y rosas,...

La merienda era lo mejor, a casa de las abuelas, allí estaban sentadas en el poyo con las faldas largas y su toquilla, ese pan con chocolate que nos daban con tanto cariño y amor ¡a gloria nos sabía!

Las fiestas en los pueblos cercanos, el baile, el encuentro amoroso con viejos amigos. Las meriendas en el tejtar con nuestros chicos del pueblo, el refugio en las parideras cuando se ponía a llover y los bailes al compás de la música. Todo eran sensaciones agradables. ¡Y, cómo no, el ver amanecer el sol, la primera luz del día, comiendo migas juntos!

No faltaba la celebración de la misa de domingo. A continuación el vermut en copa de culo gordo en casa de tía Eugenia, los cacahuetes con cáscara, las olivas verdes, la charla alrededor de la mesa redonda de madera fuerte, el teléfono público que sonaba

para alguno de nosotros. Tía Eugenia tan servicial y de buen humor como siempre. Día tras día bajaba las largas y costosas escaleras hasta llegar a la tienda para despacharnos. No había horarios, siempre estaba abierto. Si tío Guillermo estaba en las cubas de vino le evitaba el bajar aunque no fuera de nuestro agrado. ¡Claro, él era más serio!. No olvidamos las reuniones en el salón de arriba, a oscuras, con las ventanas cerradas, para ver las corridas de toros, era en aquellos tiempos la única televisión del pueblo. Como no, para celebrarlo, tampoco faltaban los cacahuetes que comíamos entre toro y toro.

Bueno, bueno, no nos queremos alargar más, porque no pararíamos de traer recuerdos al presente. Fijaros, el presente es ahora mismo, ¡disfrutemos de él!, pero sólo una curiosidad más. Las tradiciones no mueren, por eso, dejadnos que os digamos un secreto:

¡¡Unos simples y sencillos cacahuetes, como los que acabamos de comer, simbolizan la unión y el calor humano de los labreños!!

Queremos acabar con tres “vivas” bien fuertes:

Viva por todos los jóvenes, por su esfuerzo personal y por la junta organizativa de las fiestas de éste año, ¡VIVA!

Viva por todos los que de una manera o de otra, hemos hecho posible que nuestras tierras y paisaje natural queden libres de artificios y de intereses comerciales ajenos a nuestro pueblo, ¡VIVA!

Vivan las fiestas, el baile y la diversión. Que cada uno de nosotros disfrutemos de la reunión familiar, de los invitados y amigos. Hasta el año que viene,

¡VIVA LABROS!